

LA SALUD EN CHIAPAS.....	83
<i>Juan Castro Soto</i>	
PRIMERA PARTE	
LAS TRES ENFERMEDADES.....	83
<i>Las enfermedades del cuerpo.....</i>	<i>83</i>
<i>Las enfermedades de la cabeza.....</i>	<i>84</i>
<i>Las enfermedades del corazón.....</i>	<i>85</i>
<i>Así, pues, tres veces murieron.....</i>	<i>86</i>
SEGUNDA PARTE	
EL CORAZÓN DEL VIEJO ANTONIO	87
<i>El dolor apretado entre sus muelas.....</i>	<i>87</i>
<i>Esa total falta de dignidad.....</i>	<i>88</i>
<i>Aquella inseguridad cuando miraba lejos.....</i>	<i>89</i>
LUEGO ENTONCES, COMO SI DE NOSOTROS TODO DEPENDIERA	91
CONCLUSIONES.....	92

LA SALUD EN CHIAPAS

Juan Castro Soto

PRIMERA PARTE LAS TRES ENFERMEDADES

Aquí sólo conocemos tres: la enfermedad del cuerpo, la enfermedad de la cabeza y la enfermedad del corazón; pero la mayor de las tres es la del corazón, nos explicaba un campesino indígena.

Las enfermedades del cuerpo, son las que cura la cabeza; las enfermedades de la cabeza, son las que cura el corazón; y las enfermedades del corazón, no las podemos curar -No entendíamos.

Mira, las enfermedades del cuerpo, son del animal; las de la cabeza son del hombre; y las del corazón, son las enfermedades de Dios. Aquí todos tenemos de las tres. Casi un año después, comenzamos a entender.

I. LAS ENFERMEDADES DEL CUERPO

En esta entidad la **desnutrición se aloja en el 66.74% de los pobladores**, según el documento Chiapas en Cifras, publicado por SIPRO, A.C. Esto quiere decir que en una mesa de tres, dos no comen bien.

Por otra parte, nos informan que la **amibiasis y la multiparasitosis** son las enfermedades más comunes en las zonas de La Garrucha y la Selva Lacandona, principalmente entre los niños y las mujeres; o sea que están tripones, pero con la panza hinchida de gusanos. En general, ellas son afectadas por todos los padecimientos al triple que los varones.

Sin embargo, en estas zonas de Chiapas más bajas y calurosas, parece que al gobierno sólo le ha interesado lo que llaman la **Enfermedad del Guerrillero**, cuyo nombre internacional es Leishmaniasis -de origen africano-. Mas no ha sido su interés atender este padecimiento, sino reconocer a los zapatistas. Dicha enfermedad aparece en la piel, provocada por el piquete de un mosquito: es una úlcera que no duele, pero desprende la piel como una lepra, dejando el músculo a la vista; y de igual modo puede desprender la nariz o la oreja, pues también ataca el cartílago. Así, los síntomas les son fáciles de identificar.

Pero esto no es lo más preocupante, ni siquiera el raquitismo que provoca la desnutrición. Lo serio es el raquitismo de la atención gubernamental con su Programa Nacional de Salud, pues en Chiapas deberían existir 15 programas básicos que sólo son 2: la vacuna universal para menores de 5 años, y el control del paludismo.

Otro ejemplo en el citado documento es la existencia de un médico por cada 7,000 habitantes en algunas regiones. O el promedio de una cama para 1,400 habitantes en las unidades médicas, las cuales apenas tienen visita, mientras que otras más modestas están siempre rebosando, como es el caso del Hospital San Carlos en el municipio de Altamirano, atendido por religiosas equipadas sin mucho más que simpatía y buena voluntad.

Ahora bien, los indígenas campesinos de la zona enfatizan que **la causa principal de la desnutrición y sus enfermedades está en las condiciones de vida tan pobres**, ocasionadas por un gobierno que no gobierna ni deja gobernar, raquítico también en todos sus demás sectores sociales: empleo, vivienda y servicios públicos, educación, alimentación, transporte y comunicaciones, seguridad... y sobre todo democracia, autonomía comunitaria y soberanía nacional.

Así lo manifestaron en febrero de 1997, en medio del lodo y el frío, más de 100 representantes de organizaciones sociales. Era el Primer Foro Regional de Salud, organizado para pensar cómo poner la salud en manos del pueblo, allá, en la Región Autónoma de Moisés Gandhi -hoy Municipio Rebelde Ernesto Che Guevara.

2. LAS ENFERMEDADES DE LA CABEZA

En aquel foro, aquellos promotores analizaron también la salud mental de sus comunidades. Encontraron que el estudio de la **salud va más allá del cuerpo, que su pensamiento también se encuentra enfermo**: infectado de ideas ajenas, alimentado con desinformación, e invadido por un medio multicolor.

El miedo a los azules de Seguridad Pública; a los verdes federales y los pintos de la marina; el miedo a las guardias blancas que defienden a los caciques; así como a *Máscaras Rojas* y otros 20 grupos paramilitares apoyados por el gobierno para mantener el poder político. Miedo al allanamiento de morada, al desalojo, al robo; miedo a la aprehensión, la violación, la cárcel, la tortura y más que nada a la muerte. Miedo a transitar por los caminos hacia la escuela, la milpa; al mercado, la clínica; y luego hacia la casilla electoral. Miedo a organizarse, a protestar, a exigir derechos... **una estrategia de neurosis** que acalambra el pensamiento, conocida como *Guerra de Baja Intensidad*.

Igualmente, se explicó **que el engaño y la desinformación también son enfermedades de la mente**, pues obligan a pensar cosas que no existen e ideas falsas de lo que está pasando alrededor, así el pensamiento no sirve, funciona mal, está enfermo. Entonces la organización popular se confunde y debilita: apunta para la izquierda, tira para la derecha, decepciona, se desorganiza y así, la autonomía no se puede construir.

Además, los promotores de salud analizaron cómo sus ideas y su conducta se convirtieron en el **individualismo y la competencia** que organizan nuestra sociedad neoliberal, frenando toda actitud comunitaria a cualquier intento de

cooperación. A estos dos organizadores también los consideraron enfermedades de la cabeza, pues inundan todo el ambiente y no dejan ver otra cosa ni pensar de otra manera. Ni dejan organizarse de un modo más humano; al contrario, *este orden social de mercado, enferma y empobrece nuestra cultura, porque es ajeno a nuestras costumbres y muy injusto para repartir el pan*, decían.

De esta forma, después de tres días en estudio detenido, entendimos que una enfermedad en la cabeza es todo aquello que no nos deja pensar con claridad, tranquilidad y libertad, sino que al revés, nos confunde, inquieta y obliga. Entendimos que una cabeza enajenada con ideas de otra cultura, mal informada, y además engarrotada por el miedo, no puede organizar correctamente la salud ni nada. Está enferma.

Por eso, los campesinos también declararon en aquel pueblo que el estudio de la salud no sólo es un **problema socioeconómico** que afecta nuestro cuerpo, sino también **ideológico**, cuya peor consecuencia es, sin duda, la desorganización (Declaración de Moisés Gandhi, 1997).

3. LAS ENFERMEDADES DEL CORAZÓN

En San Pedro Nixtalucum, municipio de El Bosque, se enfrentaron dos comunidades el 14 de marzo siguiente. Intervino la policía y mató a 4 personas. Encarcelaron a 25; les torturaron. Quedaron 3 viudas y los hijos. Más de 300 desplazados abandonaron 70 casas en estado de sitio: el Partido de la Revolución Democrática huyó. Toda una comunidad exiliada -informó el Centro de Derechos Humanos "Fray Bartolomé de las Casas", A.C.

De inmediato, diversos sectores de la sociedad visitamos el escenario y llamamos a la reconciliación entre las partes, como hacemos en otros lados donde la pobreza y el poder federal han provocado la violencia. ¿Ingenuamente? Quizá, pero con esperanza, pues creemos que la reconciliación resuelve mejor. Aunque ni siquiera dos amistades se reconcilian a veces.

Mire usted, en una de estas familias por ejemplo, marido y mujer se encuentran separados por una simple sospecha; y dos hermanos están ofendidos entre sí. Afuera, entre dos amigos hay una traición; y dos socios permanecen disociados por una pequeña deuda. Tampoco dos novios logran reconciliarse; y dos compadres no se hablan, ya ni se acuerdan por qué. Y así, todas estas cosas suceden entre los que, asegún, se quieren.

Luego, si dos amigos no se pueden reconciliar, menos dos enemigos. Y si la enemistad, sin más, se añeja sólo a través de las generaciones, o se fermenta con el simple pasar de los días, qué decir con el vaivén de la venganza, o con el esfuerzo de otros rencores. Pronto se forman dos bloques contrarios que van sumando sus resentimientos: primero dos personas, dos parejas; luego

dos familias, dos comunidades, dos iglesias; después dos partidos, dos ejércitos... de tal modo que ya no se puede dejar uno sin pasar al otro.

De este modo han quedado atrapados en el conflicto muchos indígenas y campesinos. Sus rivalidades muy diversas se fueron acumulando poco a poco hasta convertirse en un problema político muy grande, cuyos enfrentamientos tienen efectos de igual tamaño. Ahora el conflicto ya es una guerra, donde la reconciliación sólo es posible para quienes vemos desde afuera; pero para los hombres que mueren adentro, sigue habiendo un paso del odio al amor; y de la guerra a la reconciliación, un abismo.

Así, pues, tres veces murieron

Dicen que estaban en el templo rezando por la paz, cuando les cayó una tormenta de balas. Rezaban a dios en lengua tzotzil. Y en todos los templos del país, seguramente también habían orado por la paz durante 4 años de guerra evidente, por lo menos alguna vez; y dicen que en otros países y religiones también habían rezado mucho en diferentes lenguas. Comoquiera los mataron.

Realizó la matanza el grupo de indígenas y campesinos paramilitares llamado *Máscaras Rojas*, con armas de fuego muy potentes, proporcionadas por el gobierno para dividir a la población y confrontarla consigo misma -afirman los zapatistas-. La policía del estado, a 200 metros de la masacre, no intervino. Había niños y mujeres embarazadas. Algunos corrieron hacia sus casas, pero no llegaron. A otros que no rezaban, que nunca rezaron nada ni tenían fe, también les mataron.

Las balas expansivas explotaban dentro de sus cuerpos, o les atravesaban de lado a lado. Fueron 45 muertos en 7 horas de persecución sin descanso. *Como animales murieron estos hombres de Dios* -me pareció escuchar después-. Por fortuna, algunos heridos también murieron pronto, ya que otros quedaron inválidos, mutilados con machetes o ciegos, arrastrando su triple agonía por el resto de su existencia. En estas condiciones, acaso mascullando que no basta rezar, huyeron con sus tres enfermedades a cuestas para refugiarse en la comunidad de Polhó.

El ejército federal, como ha sido su costumbre, no disparó, sino que aprovechó para invadir la zona zapatista, identificar a los rebeldes y desbaratar la organización revolucionaria con dulces para los niños, despensas a las señoras y una sonrisa para las cámaras de televisión. Casi era Navidad en Acteal, municipio de Chenalhó, una pequeña comunidad en Los Altos de Chiapas, al norte de la ciudad de San Cristóbal de las Casas.

SEGUNDA PARTE

EL CORAZÓN DEL VIEJO ANTONIO

Había tres cosas que no me gustaban del viejo Antonio: Me entristecía el dolor apretado entre sus muelas. Lo que más me incomodaba: esa total falta de dignidad. Y tres, me desesperaba aquella inseguridad cuando miraba lejos, al porvenir... demasiado lejos. Nada de esto me gustaba en él. Pero al avanzar las páginas, Isabel, cambié de parecer.

El dolor apretado entre sus muelas

Sin duda el viejo hablaba poco y bajito, como quien sabe de veras. Pero no importa, puedes saber más de él por la vibración que se siente cuando las personas guardan algo en su corazón; aunque a veces es mal agüero. *Este viejo trae algo bueno*, pensé. Más que un dolor, sus quijadas tratan de sujetar el recuerdo de algo muy querido. Adiviné que al viejo Antonio se le murieron muchas cosas que nunca quiso tanto como ahora que las ve perdidas.

En efecto, mientras conocía al viejo me enteré del pasado que recordaba con dolor. Añoraba los cedros y los grandes robles. Así la lluvia, pero la lluvia en su momento, el frío, el calor, el sol... *ah, entonces los tiempos no fallaban*. Y el agua cristalina donde un venado y un jaguar bebían a diferente hora. Amaba las plantas, y claro, ¡los nombres de las plantas!, que indicaban el santo remedio para las enfermedades del cuerpo. Dicen que estos nombres los olvidó el pueblo, y también Antonio; así se perdieron entre la maleza las costumbres de la medicina, la salud y mucha gente.

Las costumbres más que nada, él extrañaba mucho esas costumbres que nos platicó Daniel, el promotor campesino que ya conoces. Era un pueblo educado para compartir la tierra, el machete, ya la semilla, ya el frijol; donde a cooperación trastocaba al cacique de ambiciones terratenientes; y cuando el sentido comunitario de las asambleas era en verdad la autoridad mayor. Así entendían los indígenas *el desarrollo*, educados con tal libertad que ni la misma educación era obligatoria, ni nada la impedía. ¡Los años que todo había costado!

Y no sabemos cómo hicieron más misericordia que justicia para castigar culpas gravísimas; aunque sí sabemos por qué: porque cualquiera fallaría en las mismas condiciones, de suyo inevitables; o sólo por no empeorar las cosas: *si lo matamos por venganza, mujer, ¿quién cuidará de sus hijos?, ¿quién cuidará los tuyos?, ¿quién se atreve a tal cosa? Será mejor que viva para todos ellos*, decían. Pero sobre todo era por compasión, y porque tomaban por hermano a cualquier persona. Vamos, sólo había un par de zapatos en el pueblo: los huaraches del otro que Antonio se sabía poner muy bien.

Así las cosas nadie se quedaba atrás. Pero no vivían regalados a ninguna dependencia porque les daba vergüenza; y pues todo les costaba, así que

Antonio valoraba mucho la generosidad para los visitantes. En aquel tiempo el ocio no era madre de ningún vicio, era el vicio mismo; y no había trabajo más pesado que el de no hacer nada. La cultura no se prostituía con artesanías para sobrevivir. En cambio, gustábase mucho la dignidad de sembrar y cosechar, de moler el maíz y cocer las tortillas: ninguna mujer, ningún hombre se sintieron inferiores.

No obstante, si bien cada uno era uno y no menos, con los ancianos no pasaba igual, ya que cada anciano valía por dos. Cómo asilarlos en la comodidad del abandono si eran los más importantes. Había paciencia y comprensión. Respeto y calidad humana. ¿Y los niños? Los niños no cargaban leña sino que jugaban a montarse en los puercos, salpicando risas y alegría que se contagiaban; no se les podía observar secamente. Es verdad que se hallaban usos y costumbres malsanos, pero muy menudos, y era menester rebuscarlos muy empeñosamente entre la solidaridad común.

Debo detenerme, Isabel, porque ya exagero, pues la mitad a lo sumo será cierto: cuentan que si dos mujeres molían juntas, una tenía estas sanas costumbres pero la otra no; y que si había dos hombres en el campo, también, uno podía ser Antonio, y el otro, naturalmente no. Sólo quise decir que el corazón del viejo vivía muy ocupado en amar; aunque sin mucho mérito quizá, como cualquiera que se enamora de la belleza, ama lo suyo o lo que es de su misma calaña. Como sea, así conocí una parte de su corazón, y entonces cambié una parte de mi parecer: me gustó el **corazón fraterno** del viejo y el amor que apretaban sus muelas.

ESA TOTAL FALTA DE DIGNIDAD

Por la mañana, reflexionando quizá demasiado, me fijé que el viejo no respondía a muchas cosas; tenía muerta alguna parte del corazón. Las ofensas no le indignaban y los desprecios pasaban de largo como pasan por el centro de una ciudad. *Qué fácil le resultará el perdón a este hombre*, pensé; *no tiene dignidad*. Tenía muerto el orgullo. Por este motivo sus consejos eran dos veces raros, y no gustaban ni servían: *si crees, te perdona*, decía; *si te ves en él, podrás perdonarlo*, y otros motes así que también suenan mal pues ni siquiera riman.

Más aún, la realidad era que si una tenía suficiente amor y humildad para perdonar, el otro no estaba arrepentido, y si lo estuviere, no creía que pudiera ser perdonado puesto que las propias faltas veía muy mayores. De modo que *el perdón también es una cuestión de fe*, me dije, *más allá de la dignidad*. *Y ahora, ¿cómo le vamos a hacer?* Decidí dejar este lío para luego. Pero no pude gobernar mi voluntad porque tenía la cabeza terca en investigar, y así tuve que adelantarme a comprender, sin quererlo, aquello que nos dijeron: *las enfermedades de Dios, no las podemos curar*, ya que por uno u otro, o por ambos, la reconciliación nos es imposible a la gente del mundo.

Por la tarde noté que Antonio se acomodaba muy a gusto entre la pobreza, como si fuera el gran señor de todas las montañas, de todas las tierras, la milpa y el café. Pero sus necesidades eran tan pocas que cualquier cosilla contentaba su mediocridad: un día de lluvia, le venía bien; un día de sol, ¡bah!, también. Y lo peor fue cuando casi lo escuché rezando, agradecidísimo el señor. No había duda, era un conformista sin ambiciones, un ganapán. Me pregunté cómo iba el pueblo a salir de la pobreza con esta gente.

Al menos, este viejo debe ser uno de esos preferidos de Dios, porque tal apatía es el colmo de la pobreza, me dije con un dejo de cinismo. En seguida un castigo cayó sobre mi conciencia, preguntándome qué iba a ser de nosotros, que ni somos tan pobres para heredar el cielo, ni tan ricos que ya quedemos satisfechos de esta tierra. Mientras me hacía esta pregunta, a todas luces intrascendente, sentí que eso sí era una estupenda mediocridad. Humillado así ya, sin saber qué responder, me quedé dormido.

En la noche, cuando Itziar estaba haciendo los dibujos del libro, se suscitó una discusión en el equipo: *Este señor, Itziar, no tiene dignidad; fíjate que no inspira,* decíamos; *se ve muy tierno. El viejo necesita más personalidad.* Itziar, como tampoco tenía dignidad, simplemente hizo otro dibujo y se acabó. Todos estuvimos de acuerdo en que este otro viejo sí era digno pues tenía un porte más grave. Sin embargo, algo no me gustaba en todo esto: un viejo que no tenía dignidad pero que ahora sí tiene... vaya. No quise reflexionar más.

Pero la reflexión no me dejó. Desde entonces dudaba si podía deshacerme de mi dignidad, como Itziar y el viejo; así me quitaría muchos problemas. Sentía inquieta la parte de mi corazón que el viejo tenía muerta, la que pronto se siente ofendida y humillada con cualquier desaire, ese orgullo que a veces llamamos "dignidad". Así me encontraba leyendo los relatos de Antonio cuando nos llegó el diseño que protegería las páginas del libro, enviado por Jorge y Dori: nos pareció formidable. No sé si era conformismo, pero en aquella alegría pensé que también la dignidad era eso, la humildad que se contenta con poco, y el orgullo que se esfuma como el humo de esa pipa, de un cigarro, de un camión.

Entonces cambié por segunda vez mi parecer. **Me gustó el corazón humilde** de Antonio.

AQUELLA INSEGURIDAD CUANDO MIRABA LEJOS

Aunque apreciaba mejor el corazón limpio y educado de este nuevo amigo, me desesperó su inseguridad. Hablaría poquito, bajo y pausado, sí, pero inseguro. Nunca sabe qué pasará hoy, piensa que todo puede ser o no ser, sea tu palabra, sea la suya; Antonio nunca sabe nada. Y hasta pregunta. A fin de cuentas no se avanza mucho al consultar con él.

Y me decepcionó su inquietud, porque no transmitía la paz interior que anhela un maestro con barbas de sabiduría, bien seguro de sí, que camina contando los pasos como quien sabe a dónde va; y sobre todo que repite mucho:

entiende, muchacho, los pobres estarán siempre con nosotros, deja esa idea loca de la revolución... mmm, madurarás con los años. No. Nada de eso. Este viejo lampiño no me tranquiliza en absoluto. Su preocupación contamina, porque **¡una tercera parte de su corazón está podrida con la pus de la inseguridad!**, deduje con grande desilusión.

En ese momento, Isabel, me acordé de aquel taller de planeación que estuvimos preparando con Adolfo y Rocío en tu casa, ¿te acuerdas? Todo era inseguro. Algunas organizaciones humanitarias se disputaban los territorios y bloqueaban nuestro trabajo; difamábamos y confundían a los promotores de salud con diversos embustes; no teníamos presupuesto; las comunidades, ni hablar. Probablemente nadie acudiría, o muy pocos, y llegaríamos caminando con todos los materiales para regresarnos inmediatamente. ¿Y qué pasó? Así fue, sólo llegaron unos cuantos.

Pero no nos regresamos. Tres venían desde Tila, y traían gran entusiasmo. Otros dos llegaron un día antes. Nosotros sumamos cuatro cuando llegó Gabriel. Y había otros tres en la comisión de cocina, preparando el café. Todos entramos a la casa para refugiarnos de la llovizna y el frío. Otros campesinos, unos cinco o seis, iban llegando por su lado llenos de lodo, con la misma duda que nosotros traíamos. Nos saludábamos y nada más. Sentados, nos veíamos de reojo pues había que suspender la reunión, pero nadie se animaba. La lluvia muy tenue, apenas se escuchaba en las láminas del techo. De repente uno de ellos dijo:

- Este café es puro.
- ¡Cómo que es puro! -replicó uno de Tila.
- ¡De puuuro café! -y eran las grandes risotadas por ese chiste. Nos quedamos los tres días del taller.

Para finalizar aquel encuentro, hicimos nuestra evaluación: *en contra de todas las inseguridades, alguna confianza nos trajo hasta aquí, trabajamos, y ya nos vamos muy contentos con ella a seguir construyendo la salud en nuestras comunidades.* Por si dejamos la confianza, se preguntaban, ¿quién puede estar seguro un poco?; y si nos encontráramos muy seguros, no necesitaríamos confiar en nada, y entonces, ¿cómo será nuestra oración?, no la necesitaremos ya y... *alguna confianza*, repetí entre dientes, entendiendo que la inseguridad del viejo estaba empapada con ella.

De manera que estaban acostumbrados a confiar.

Pero hay un inconveniente: cuando el viejo Antonio confía en el porvenir, cree en la reconciliación de los enemigos; en la justicia fraterna; en la dignidad; la democracia y cosas así. Temo que esta ingenuidad nos incluye a ti, a mi y a cualquiera que se nos acerque. Confía en el pueblo. ¡Y confía en nosotros! , que sabemos mejor quiénes somos, lo poco que podemos, y que siempre encontramos cómo justificar nuestras propias acciones, negar todo y... él

siempre se las ingenia para convencerte que tienes la razón. Así que se impone nuestro pesimismo en el porvenir.

Como quiera me gustó el **corazón confiado**, inseguro y preguntón de este viejo amigo. Tres veces cambié de parecer.

LUEGO ENTONCES, COMO SI DE NOSOTROS TODO DEPENDIERA

Especialmente en la política. Es un asunto del corazón. Los indígenas estiman que ya no es como antes, pues el 100% de la población está enferma; que el odio es una de las enfermedades más contagiosas en el estado. Esto significa que dos mujeres ya no pueden moler juntas, y que en el campo ya nadie se llama Antonio. Lo que Antonio amaba no lo vemos, y lo que ahora vemos es otro canto. Porque en Chiapas hay una guerra que desde el 1° de enero de 1994 no sólo tiene baja intensidad; lo que aquí vivimos es también alta intensidad.

No sólo hay hambre y analfabetismo. Hay rencor. Humillación. Hay desconfianza en los indígenas cuando transitan los caminos y hasta en la propia casa, donde guardias blancas y paramilitares hacen innecesario al ejército federal para disparar. Hay muchos muertos. Más de 500 comunidades desplazadas por conflictos políticos no pudieron llevarse consigo siquiera un puñado de aquella confianza; dejaron todo para sus enemigos, y para los policías de Seguridad Pública que sitian de inmediato sus comunidades, saqueando casas, comercios, milpas, cafetales, gallinas y marranos con todo y lazo, e invaden las azoteas que les pueden aguantar para distinguir mejor el más pequeño desacato a su impunidad. Estos asesinos y ladrones andan las calles protegidos con la complicidad, mientras los inocentes son aventados al penal de Cerro Hueco para intercambiarlos después en el negocio político y... es inevitable, Isabel, caer en una retahíla de calamidades, tú lo sabes; cómo suavizarla más si no concluyo en seguida:

Dicen desde afuera que la militarización ya no espanta porque cada vez es más familiar; pero los campesinos no piensan así, por ejemplo cuando los soldados violan a sus mujeres, enseñan la prostitución o traen prostitutas en helicópteros y convoyes. Son militares traídos de otros estados que no sienten Chiapas, que no conocen a nadie ni hay quien les conozca; y lo que son las cosas, de todas formas entraron en nuestro padrón electoral, para ayudarnos a hacer posible lo imposible: que sigamos igual.

Pero además, nosotros tampoco somos ningún espíritu celeste. Si entramos en la vida de cada día, la división, el odio y la lucha por el poder nos demuestran un corazón enfermo. Las organizaciones civiles están resquebrajadas y peleadas entre sí. Las personas también. Hay un paso entre cada uno de nosotros. Profesionistas, funcionarios de corbata, campesinos e indígenas de

mecapal, hombres y mujeres, paramilitares, policías y zapatistas de fusil, soldados de dulce. En todos nosotros las necesidades pueden ser muchas, diversas, pero nuestra necesidad de reconciliación es común y mayor en el trabajo, en la comunidad, en la casa. En nuestro interior.

Así las cosas, compañeros, me pareció que la tarea empieza muy adentro: en las enfermedades que sí podemos curar cuando, alguna chispa enciende aquello que necesitamos para educar nuestro corazón, como si de nosotros todo dependiera. Esto sentí en los relatos del viejo Antonio que el Subcomandante Marcos nos comparte con el humor que conocemos. Creo sin dudar que también podrían encender sentimientos en todos, imaginación y brío, preñando esta revolución que comienza en el pecho de cada uno, extendiéndose pronto entre los grupos civiles de quienes queremos organizar otra realidad. Tal cual hace este viejo tzeltal de cuento en cuento, donde a veces nos cansa de tanto preguntar *Bin xi a fotan*: ¿Qué dice tu corazón?

CONCLUSIONES

1) La Cultura de los Pensamientos y las Ilusiones.- Los intereses propios y la competencia nos guían hacia una cultura tecnológica y mercantil que invade toda civilización. El panorama es de mal gusto pero hay que decir: tenemos mejores mercancías empero no mejores hombres. Las personas no importan como el consumo y la comodidad, principio y fundamento de nuestra vida. Así, ante la confianza para compartir, qué diremos, ya se sabe que es incómoda, sobre todo cuando preferimos asegurar el propio futuro antes que el presente de nadie; sería una imprudencia dejarlo en el entretanto pues nunca se tiene suficiente ni estamos suficientemente cómodos. Nos interesa la educación fácil no la del corazón que permanece selvático. Es más fácil pensar:

Yo estoy bien y tú estás bien -cuando la realidad es otra-; **siento lo que quiero pensar.** Es la ilusión "humanista" de gobernar el corazón con la cabeza. Insinuar que esto fuera imposible es una demencia que atenta contra la tranquilidad del prójimo: la angustia de perder el supuesto autocontrol, y con ello la libertad... ¿Acaso tenemos obligación de ser libres?, insinuar que no lo somos ni podemos, es ir más allá del horror. Pero no hace falta ir tan lejos, basta decir que dicha psicología alivia momentáneamente, si acaso, pero no cambia la existencia. Su función es ilusionar: si me siento infeliz o marginado es porque quiero; no existen causas sociales ni sobrenaturales, es mi culpa. Prevalece la ilusión del pensamiento en el buen salvaje de la ciudad.

2) La Cultura de los Sentimientos y la Realidad.- Semejante salvajismo del corazón atenta contra las culturas mexicanas y contra aquellas que desde los ancestros más remotos, digamos 4,000 años, han descubierto que los sentimientos dominan nuestra cabeza. Esta impotencia podría explicar que la religión prevalezca aún en las inmediaciones del siglo XXI. Y tal parece que seguirá con nuestros hermanos indígenas; insinuar lo contrario atentaría contra su naturaleza humana: *La ciencia pasa y se hace insuficiente; el corazón*

queda. Si la cabeza nos dominare, no tendremos lugar para el amor, la humildad, la confianza y la fe; ¿quiénes seríamos entonces? Animales pensantes, máquinas vivas, hombres sin corazón. Humanos no.

De esta forma, pensando lo que sienten y no al revés, los zapatistas atentan contra el "orden social", pues pretenden cambiar la realidad y dirigir su organización con el sentido comunitario que ellos conocen. Luego, no pudo acusárseles de otra manera, están fuera de la ley cuando es precisamente lo que reclaman: *estamos fuera de la ley*. Sus intereses no participan en la planeación del país porque son "asuntos generales" que no se alcanzan a tratar. Quizá esto también explica el ceño de muchos indígenas, facies de una enfermedad integral que refleja a un gobierno y un pueblo cuya salud física, mental y emocional comienzan en la difícil tarea de educar el corazón.